

Entre Eros y Tánatos: Paulino y Aurora.

Houston, Miércoles Santo de 2007.

Con los ojos vidriosos y el aliento ahogado, por delante de sus ojillos miopes, pasó toda su vida. Como una película a todo color, con la música a todo volumen, con la velocidad del sonido. En un momento, se quedó a la mitad: aquel año en que todo era nuevo.

Cuando aquellas calles del Campus, aquellas Facultades, Bibliotecas, Departamentos, constituyeron un mundo diferente.

Diferente, de modo simétrico para aquellos dos jóvenes provincianos, nuevos en aquella clase de primero de Matemáticas de la Facultad de Ciencias.

Desde niños, a Paulino Benito y Aurora Jiménez se les dieron muy bien las ciencias. En aquellos años previos a la informática, en los que cualquier quinceañero conocía las derivadas e integrales, tras haber superado el absurdo tema de los conjuntos y tres años haciendo ecuaciones. En aquellos años en los que se hacían no menos problemas del “Burbano” sin que nadie rechistara. Ni qué decir de esas prácticas de laboratorio: el pipeteo, el erlenmeyer, el permanganato de potasio, las disoluciones, conocidas por cualquier aspirante a la Selectividad medianamente preparado. No digamos del trazado de bisectrices, perspectivas, cálculo de coordenadas en el plano, propios del dibujo técnico.

Algo a años-luz de la degradación educativa de estos días. Un par de generaciones perdidas, que, como una rémora pesarán sobre este país. Sobre su tejido productivo, empresarial, cultural. Dos pasos atrás en la evolución. Dos pasos que serán difíciles de volver a andar en breve.

Granada, otoño de 1988.

Como cada año, la clase de primero de Matemáticas era un enjambre heterogéneo de alumnos llegados de aquí y de allá. Muchos, los más, forasteros, provincianos. Dedicados en cuerpo y alma más al cálculo que a otra parte de la ciencia matemática, ahora se iban a encontrar con otras caras de la misma.

Paulino Benito y Aurora Jiménez pertenecían a esa especie, comúnmente denominada “calculines de bachillerato”. Dedicados en cuerpo y alma al cálculo matemático en sus distintas ramas, y que, con especial entusiasmo habían cogido el ordenador como un instrumento en el que desarrollar sus conocimientos, en un espacio -el virtual- infinito. Él, con la venia de su colegio religioso, había obtenido un 9.05 en Selectividad, y siendo un “hijo del polígono”. Aurora, con la venia de su instituto, un 9.65.

El piso que compartía él, era un hervidero de hormonas en constante producción y aún más rápida ebullición. Cuatro estudiantes, de los cuales dos no habían cumplido los dieciocho y los otros dos, aún habiéndolos cumplido, no parecían mucho mayores. Y cada uno, detrás de una muchacha, aunque entre ellos no se contaran nada. Bien distintos son la realidad y el deseo.

El mayor de “los cuatro” anduvo tras las faldas de la mitad del contingente “Erasmus” de la UGRA en aquel año. Pableras era una “bala perdida”: “tripitidor” de BUP y COU, excluido de la mili tras liarla en el “CIR”, era muy aficionado a los “petardos” y el alcohol-no sabemos en qué orden-, con lo que a sus compañeros de piso les causó muchos problemas, incluso con el “092” de por medio, con lo que se fue en noviembre, tras otro “cirio”. A David, la sobredosis de hormonas tras su salida de un internado surmesetario, le había llevado a dejarse melenas y barbas. Ni por esas. Se vio en una pelea por mirar, durante una

fiesta “Erasmus” en un pub del “Pijolandia” a la novieta , de un “tutor-alumno” precisamente de los “Erasmus”, aunque española. Es más, el que le reprendió primero, y le agredió después , no era el noviete , sino un amigote que hacía de “portero”, un tal “Benny”- muy pacifista y muy insumiso- pero que le mandó a “Urgencias” con un labio reventado, dos dientes menos y las costillas contusionadas tras aquel “sensible y tolerante” “deja de una puta vez de acosar a mi novia, so subnormal”. Y después, por hablarle a la novia , también española, de un tal Mohamed, tan “delicado“ y “tolerante“ como el ínclito “Benny , que lo mandó otra vez al “Virgen de las Nieves“ más “p’ allá“ que “p’ acá“. En cambio, el gran amor de “Bini” era su propia madre. Tenía una clase de complejo de Edipo que le impedía hablar con sus compañeras de clase,-eran casi todas féminas-, y aún con los compañeros de piso.

Distinto era el caso de Paulino. Aurora era, en principio, lo más parecido a su “alma gemela”. Aunque él, ni se acercara , ni diera a entender nada, ni en la Facultad, ni mucho menos en el piso.

Aurora Jiménez Fernández, en su casa “Aurorín”, se instaló en la cabeza de Paulino Benito Correa un 17 de octubre de 1988 a las once de la mañana. Se sentaban en puntas opuestas de aquella aula, y, tanto física , como académicamente, se parecían bastante. Él, metro setenta, enjuto, con pelo castaño, escaso y con entradas, rostro algo prognático y ojos grandes, saltones y ocultos tras gruesas gafas. Ella, metro sesenta, cuerpo de niña-efebo, pelo castaño, largo y lacio que ocultaba unas orejas en abanico bien notables. Normalmente llevaba la cabeza gacha para que no se le adivinaran, ni su prognatismo, ni sus dientes orlados por los “brackets” de la ortodoncia, ni su nariz aguileña, ni lo que peor llevaba, ese estrabismo en el ojo derecho, que una operación no había remediado. Compartía piso con una compañera de instituto, Rafi, casi clónica a ella, con la que se entendía a las mil maravillas. No bebía, no fumaba- su compañera era una fumarola andante-,y era prácticamente vegetariana.

Hubo que hacer grupos, en “Geometría Analítica”, y entonces coincidieron Paulino y Aurora. Si el primero la había colocado en su íntimo altar de deseos y sentimientos, la segunda, no tenía el menor interés en que la cortejara aún el más tímido y reservado de sus compañeros de clase. No le decía nada, y, aunque la obligación era lo primero, intentó cruzar alguna mirada con ella, absorto en su blanca timidez.

Granada, enero-abril de 1989.

La madre de “Bini” se pasó un mes con su tímido niño al volver de las Fiestas. Ya sólo estaban ellos dos en el piso- David, tras la enésima pelea por mirar a las novias de otros, seguía en su pueblo, escayolado-. Y Paulino, preparando exámenes, empezó a fantasear con la idea de que, en el próximo curso, si no antes, podría compartir piso, no con aquel mocito aniñado y acomplejado, sino con Aurora. Su fantasía la denominó “en la bañera”, y fue derivada de la imagen de la mamá de “Bini” afeitándolo. Porque, el muchacho, cada vez que echaba mano de la “Gillette Blue2“, se dejaba la cara hecha un cristo, pero tampoco podía soportar el más mínimo puntito negro en su rostro pueril. En la mente de Paulino, entre diagramas y matrices , entre apuntes, fotocopias y manuales de “McGrawHill” o “UTEHA”, se fue configurando su sueño. Por poco le cuesta el aprobado en aquel “parcial”.

De repente, Paulino sentía cómo caía el agua en la bañera, digna de un museo del horror doméstico. Descorría la cortina de la ducha, y ahí se encontraba Aurora, bajo una gran lluvia de agua caliente. Al momento, sin mover un dedo, su lampiña y esmirriada anatomía quedaba al desnudo, se metía en la bañera y, bajo esa lluvia de recuerdos tropicales, se abrazaban, se besaban, se enjabonaban y copulaban juntos. Este sueño lo tuvo al menos en

media docena de ocasiones, con pocas variantes, entre enero y abril de aquel 1989 inesperado.

Tras la época de exámenes ,volvió David, con la cabeza ida, por poco tiempo. Entretanto, Aurora brillaba con luz propia, si acaso para sí misma y como mucho, para Rafi, su compañera de piso. Era incapaz de manifestar el más mínimo sentimiento cuando veía sus calificaciones en el tablón de anuncios.

Es creíble que en aquella Semana Santa, los sueños de Paulino tuvieran olor a Aurora, sabor a Aurora, sonido Aurora. Color y tacto de Aurora. Aunque no saliera ni media palabra de su boca...hasta aquella mañana, extrañamente plomiza y lluviosa sobre la ciudad de la Alhambra.

La clase de “Informática Aplicada” terminó como si nada hubiera cambiado después de las vacaciones. Hasta entonces, las conversaciones entre Paulino y Aurora se habían resumido a un par de comentarios sobre temas matemáticos, en medio de una “tormenta de ideas” en el grupo de “prácticas”. Dicen que el amor llega “cuando menos te lo esperas”. El aula había quedado vacía al acabar la clase. Solos, ella y él:

- Paulino, ven aquí.

Aquella voz cantarina, acuosa, no sonaba, por una vez, ni a matrices de grado “n”, ni a cálculo del incentro. Aún sintiéndose agnóstico, Paulino creía haber oído un ángel, que había hecho ralentizarse aquellos segundos. De momento, su reseco estómago comenzó a notar un cosquilleo. En medio segundo, notó mariposas. En otro medio, una gran bandada de estorninos. Y medio segundo después, no eran estorninos, sino flamencos rosados. Un inmenso bando de flamencos aleteando y graznando dentro de su estómago. Le costaba hablar:

-¿Q-qué quieres, Aurora?

Aparentemente frágil, tímida, inocente, Aurora alzó su cabeza, la miró con sus ojos , bizcos y desencajados tras las gafas de montura flexible, y entonces, su boquita ornada de “brackets” le ametralló cuando-y como- menos se podía esperar:

-¿Se puede saber por qué no me dejas en paz?¿No sabes que tengo novio-y alzó la voz aún más para decirlo-, y que quiero que me dejes en paz?¿No quiero tener nada contigo, no me gustas, no quiero más relación que estar en la misma clase y que me dejes en paz!¿Tú quieres que hable con el decano y que te manden para tu casa por acosarme?¿Es que quiero que no me mires, que me dejes en paz y que te largues!

Es creíble que a Paulino se le empalideciera aún más su ya amarillenta cara, lo cual notó Aurora, pues aún no había terminado:

-....¿Qué haces poniendo esa cara?¿Es que no te estoy hablando bien clarito?¿Que me de-jes en paz! Y te vas... ¡venga! ¡Rapidito, cebollino! ¡Que eres un cebollino y que me dejes en paz! Aurora se fue del aula, con gesto airado. Paulino no había presentado ni que ella le llamase, ni mucho menos que reaccionase así. Se quedó solo en la clase, descompuesto por dentro, sentado en una de las bancas vacías, hasta que llegó un bedel apagando las luces. Era como si le hubiera leído la mente de cabo a rabo. Si a ella, el berrinche le duró el tiempo en que tardó en contárselo a Rafi en el piso,-media hora mal contada-,entre risotadas, Paulino se pasó tres días sin comer. Al cuarto era viernes, y tras salir de la Facultad se bebió hasta el agua de los floreros. No quería vivir, pero tuvo que hacerlo. Además, durante cuatro años más, viendo a la tímida, solitaria y retraída Aurora en la otra punta de las sucesivas aulas. Alguna vez la vio cenando en un “vegetariano” con su compañera de piso -y única amiga-Rafi. Incluso ésta le comentó que “un tío calvete y con gafas nos está mirando”.

Ella no le echó ni cuentas. Ni a él, ni a ningún otro muchacho. En cierto modo, Paulino y Aurora eran almas gemelas. No eran habituales de las fiestas universitarias. No asistieron a

la “cena del ecuador”, ni a ningún viaje de Estudios, ni a la cena que siguió al acto de la graduación. Acabada la carrera ,siguieron rumbos bien distintos. Él volvió a su tierra, a hacer el “CAP“ e intentar opositar a Secundaria. Ella se largó a Madrid, para un programa de “postgrado“.

Houston, Miércoles Santo de 2007.

Aún recordaba el último día en que la vio por la Facultad de Ciencias. Había pasado un par de años como colaboradora del departamento de Informática Aplicada. Mientras, a él se le había ido cayendo el pelo mientras colaboraba en el departamento de Análisis, en el de Matemática Aplicada, y acudía a charlas sobre Geometría Riemanniana . “Tantos estudios , para acabar así, Aurora”, pensaba mientras creía verla alejarse, con su figura menuda de efebo, con el pelo lacio y suelto, con la cabecita gacha. Con aquellos pasitos cortos de sus pies menudos, como una figurita de porcelana. Como si se fuera de su vida mucho más que el mayor de sus deseos.

Quizá era porque Paulino se encontraba en el último de sus sueños. Más que ninguno de aquellos efímeros sueños con forma de mujer en los que se había intentado refugiar de modo infructuoso durante aquellos cinco años. Por eso creía volverla a ver alejarse lentamente por aquel pasillo de la biblioteca de la Facultad de Ciencias.

Cáceres, cuartel “Santa Ana”-CIMOV 1, primeros de marzo de 1995.

Había pasado más de año y medio desde que viera por última vez a Aurora. Y aún, de cuando en cuando, volvía su recuerdo a estar presente en sus días. Dos días después de su primer fracaso en una “encerrona”. No digamos cuando sin comerlo ni beberlo, le tocó irse a la mili. Ni la miopía, ni la alopecia, ni esa “autoinculpación” que le rellenó su hermano, ni esa solicitud de ser reconocido objetor de conciencia que no llegó a echar al buzón. El “PBI” fue un infierno para un Paulino realmente patoso y acartonado, que echaba de menos el Campus granadino, la Facultad de Ciencias, y no digamos, a Aurora Jiménez. No podía mirar de reojo las taquillas de sus compañeros de camareta, pues en todas había una, dos y hasta diez fotografías de muchachas. No digamos cuando algunos, con las luces apagadas hablaban de ellas. Una tarde, antes de irse a la cantina, solo, había observado en las duchas a dos de esos mismos reclutas, más jóvenes que él, manteniendo relaciones homosexuales, consentidas aunque sumamente ruidosas y hasta violentas. Aquella misma noche soñó que uno de aquellos “quintos” se transformaba en Aurora y copulaban como bestias cuadrumanas en aquellas duchas colectivas. Vana ilusión transformada en mera y pegajosa polución nocturna, que fue un motivo más de chanzas y burlas de parte de sus compañeros de camareta. Por suerte para Paulino, pronto juró Bandera y a él le destinaron a oficinas. Allí pudo recordar en su interior a “Aurorín”, que, poco a poco empezaba a dejar de ser aquella niña frágil y tímida que le cautivara en aquel primer curso de Matemáticas, el otoño anterior a la caída del Muro de Berlín.

En una ciudad andaluza de tamaño medio, primavera de 2001.

La vida había vuelto a Paulino profesor “sustituto” de Secundaria. Una especie de

“holandés errante” de la enseñanza, con su vida metida en una maleta y dando clases de tres al cuarto. En su caso, ya era el quinto curso en el que se pasaba meses sin aparecer por el piso de sus padres, haciendo esas “sustituciones” no pocas veces infrapagadas y en condiciones realmente ignominiosas-vamos, como si él fuera de usar y tirar-. Sólo quien conoce esto puede hablar, ya no digamos escribir así.

A Paulino no le disgustaba esa vida seminómada. Lo normal era que se conociera dos ó tres institutos por año. Normalmente no repetía provincia y debía hacerse muchos kilómetros para acudir a firmar un contrato por dos, seis, ocho ó diez semanas. Para ser un nombrecillo pasajero, alguien que no estaría ni el tiempo suficiente como para que sus alumnos se aprendieran su nombre. Y todo, para acabar volviendo al piso familiar de ese polígono de estética desarrollista-tardofranquista, una, dos ó tres semanas, sellar el paro y volver a largarse a toda velocidad.

Para aquella sustitución que le volvió a unir a Aurora tras ocho años sin verla nada más que en sueños, le llamaron un 14 de marzo, día entonces sin pena ni gloria. Su decimotercer contrato en cinco cursos, en la segunda ciudad de su provincia, para lo que quedaba de curso, supliendo una “baja maternal”:

-Tal vez cobre parte del verano este año-se dijo a sí mismo cuando echó cuenta del tiempo para el que había sido contratado. Un centro tranquilo, un “último valle” para algunos de los más egregios “dinosaurios” de la docencia, de esos hechos a fines de los `50, como fortalezas de hormigón hechas a conciencia. Alquiló un ático, un quinto piso, aún sin ascensor. Por un casual, cayó en sus manos un suplemento denominado “Ciencia y Tecnología” de ese periódico llamado “Hoy”, y al que podemos calificar sin tapujos como rutinario heraldo de medianeces provincianas. El periódico estaba abierto por la portada del suplemento, raro por el título y aún más por el contenido. Comenzó a hojearlo, y, al cabo de un par de páginas, su cabeza se remontó en el tiempo más de una década. A aquellos años de estudiante en Granada. A aquel piso que compartió con algunos ejemplares de la fauna universitaria dignos como él, de un “museo del horror alumbar”. Parecían volver esos olores a frituras salidas de un aceite casi petrolífero, a ropa sucia de algún compañero de piso, o a esos días de examen en las aulas de la Facultad. O a esas noches de después del examen, bien regadas de alcohol “2 x 1”. El titular de la noticia, ocurrida en la ciudad, rezaba así:

“Investigadores de IDECO logran crear su propio sistema de programación en Linux”.

El subtítulo del periodiquillo indicaba que “con el desarrollo de este programa informático, el centro privado IDECO, adscrito a la Universidad de C....., se sitúa a la cabeza de la investigación informática a nivel europeo”. A la vista saltaba que la noticia había sido redactada por un “plumilla”, incluso con faltas de ortografía. En medio de las cuatro columnas de la noticia, una fotografía. Entre los nombres del equipo de investigadores, uno que le llamó la atención:

-....Aurora Jiménez Fernández. ¿Será ella mi Aurora?

Por más vueltas que la vida había dado, seguía considerándola “suya”. Las alarmas de su interior saltaron. Navegando por Internet se encontró con la ficha completa de Aurora en ese centro privado adscrito a esa universidad-hongo con complejo de “CMU”:

-Es ella. Mi “Aurorín”¿Seguirá odiándome como hace doce años?...Qué vueltas que da la vida que encima estás en una “privada”, aquí....

Todos los datos cuadraban, pero era muy difícil deducir cuál de las tres mujeres que aparecían al lado de tres gordicalvos, todos con gafas, era Aurora. No sabía el camino que había seguido en Madrid, durante su posgrado y doctorado. Se había casado tras un largo noviazgo que había coincidido casi al milímetro con ese lustro, con un niño “bien” de los chalets del Pilar. Y éste, entre otras mil cosas, le había regalado una completa metamorfosis

a base de quirófano y bisturí que la había transformado en “el bomboncito” del Departamento de Programación de IDECO, aquella escuela privada de comercio. No se imaginaba que , entonces, en aquella primavera del 2001, aquel matrimonio de cuento de hadas estaba reducido a una mera pamema “de fin de semana y vacaciones” con infidelidades por ambas partes. Él, con unas “amigas” y un “trans”. Ella, con un joven cura misacantano, un soldado profesional y sobre todo, el catedrático que se la había traído de vuelta a Andalucía. Con este último vivía un “rollo discontinuo, pero en serio”, que tal vez había empezado en el primer semestre de los cursos de doctorado en Madrid. Cuando aún era un “patito feo” con su cuerpecillo de efobo, sus remilgos, miedos y complejos. Aquella con la que aún soñaba, de cuando en cuando.

Con la que aún soñaría muchas veces, cuando, por azares del destino ,volvió a aquella ciudad más de cuatro años después. Cuando, ni el mundo era ya lo que habían conocido los dos, ni su vida era la que había construido y tenido que aprender a deconstruir.

Esa misma ciudad andaluza, en el verano de 2005.

Aquella tarde, en compañía de otro muchacho que podía ser-e incluso haber sido-, si no su alumno, casi su hijo, salió a predicar. De paso, repartir revistas y pedir limosna con la hucha. Tras nueve cursos en la enseñanza, con más de veinte destinos,-en todas las provincias andaluzas-, a sus espaldas, esa carrera docente sin reconocer, había terminado abruptamente. Con una queja de su propio director de centro ante la Inspección, que había terminado en un expediente y una inhabilitación definitiva “por incapacidad manifiesta para la docencia”. Sabía que lo había hecho mal: bebía mucho, no mantenía orden alguno en clase, y no hacía nada por remediarlo. No era ni siquiera un mero “guardaniños”. Pero a él le daba más que igual. Tras un mes largo de “reflexión” en el piso con su madre-su padre había muerto ese mismo año, en febrero-, se había dejado llevar por ese movimiento “católico *new age*”-sí, el mismo que tú y yo pensamos, querido lector-. Primero, una semana de “preseminario”, y entonces, quince días de “colonia vocacional”, en esa misma ciudad, en una parroquia de un barrio marginal, eran los pasos previos a su inmersión plena en ese “movimiento”, denominado por no pocos, la Secta, o incluso “el Cáncer de la Iglesia”. Tal confianza había suscitado en los miembros del movimiento aquel hombrecillo flaco y calvo que ya era Paulino, que le habían dejado ir a “predicar” al cabo de sólo cuatro días de iniciada la “colonia vocacional”. Aquella tarde era extraña. Paseando por aquel barrio de amplias calles,-en su tiempo un “pseudoensanche“-, muy comerciales, pese a la canícula, sólo recordaba aquella tarde de abril, de encuentro con Aurora:

-El aire huele como aquella tarde...aunque entonces lloviera y hoy haga un calor espantoso...Huele a Aurora.

Su compañero de “prédicas”, aquel muchachito imberbe ya concebido, nacido y educado en ese movimiento, le preguntó:

-Paulino, ¿estás hablando solo?

-No, hombre, no. No estoy hablando solo.

-Entonces, ¿quién es Aurora?

Paulino no sabía qué contestarle. Al final, tiró por la calle de en medio:

-Una compañera de la carrera.

-¿Es que tú estudiaste en la Universidad?

-Sí, claro que estudié. En Granada, Matemáticas. Hace ya doce años que acabé la carrera.  
-Y, ¿a qué olía Aurora?  
-A gloria bendita, pero....  
-Pero,...¿qué?¿Es que fue tu novia y lo dejaste?  
-Bueno...Mira, de mi pasado , mejor no hablamos.  
-Si es por eso, bueno, pasemos a otra cosa.

Después de aquel mes largo de “reflexión”, de su aparente reencuentro con la fe, tras más de tres lustros de cristianismo “sociológico“-bodas y entierros-, parecía que su cabeza estaba patinando demasiado. Por más que el alcoholismo le había vuelto anósmico, aquella segunda experiencia “vocacional” parecía haberle vuelto algo acarajotado. Todo por fingir una vocación religiosa más falsa que un euro de madera. En aquella tarde, primera de bastantes más, de “predicación”, había estado a punto de tirar de aquel ovillo de Ariadna que él mismo había ido enrollando sobre sí mismo a lo largo de los últimos nueve años. Desde aquella primera vez...., que no fue con Aurora. Antes que Aurora habían sido otras veinte, pero sólo como consecuencia de lo que ocurrió casi dos años después, la noche de aquel Miércoles Santo de 2007, pudo saberse la verdadera relación que existió entre Paulino y Aurora, casi seis años antes, en abril de 2001, en aquella ciudad tan lejana de Houston. El lugar en el que se desveló el verdadero secreto de Paulino Benito. El que, aún en aquellos estertores, aquella noche del 4 de abril no pretendía que se supiera:

Paulino siguió a Aurora durante varios días en el aparcamiento de esa escuela privada,- IDECO-, en donde ella ejercía de profesora titular del Departamento de Informática Aplicada. Ella cobraba bastante bien, vestía de Dior, conducía un Jaguar y se costeara vivir en un bonito y céntrico apartamento. Diametralmente opuesto a la vida que llevaba Paulino, de “sustituto/interino” errante de Secundaria, vestido en el mercadillo, parando en posadas del zapatillo, conduciendo coches de segunda mano, si no desplazándose en trenes regionales, “Alsinas”, “Bacomás” o “Amarillos”. Al verla acercarse al Jaguar, con el Supercinco aparcado al lado, le disparó un dardo anestésico por la espalda, con esa pistola que había comprado en su viaje a Eslovaquia. Tras fulminarla, la subió a su cochecillo amparado en la poca luz-y menor vigilancia- del aparcamiento. Incluso se paró en un “Telepizza” para comprar “la cena”. Como si de una pareja normal se tratara, se la había llevado a un mirador en la sierra, mientras él se comía la pizza y se bebía unas cervezas, como si nada. No se había equivocado al abatirla, y ya de madrugada, había entrado en el bloque de pisos sin ascensor. Y sin que nadie le viera, ni echara cuentas. Tras asegurarse de que la dosis de tranquilizantes había sido mortal de necesidad, había abusado sexualmente de su cuerpo durante dos días. Al tercero, se le había caído, la había despedazado y había empezado a comérsela. Al quinto día habían aparecido las tripas en un cubo de basura. Las investigaciones apuntaron al marido de Aurora:

-Un crimen horrible para alguien que no tenía enemigos-decía el forense analizando aquel amasijo de tripas, prótesis de silicona y algunos huesos.

-Estaba en trámites de separación-dijo otro oficial de policía.

La jueza encargada del caso dedujo que podía ser “un encargo del marido para no tener que pagar ni un duro de pensión compensatoria”. Pese a las coartadas ,a su abogado e incluso un médico personal de la familia:

-Decreto su ingreso en prisión incondicional y sin fianza acusado de asesinato con ensañamiento, premeditación y alevosía. Ocultación y destrucción de pruebas. Obstrucción a

la justicia y resistencia a la autoridad.

Al saberlo, casi seis años antes, Paulino se había despelotado de risa, sólo de pensar en que “ese pobre niño rico va a pagar los platos rotos”, mientras se lo comentaba a la cabeza cortada de Aurora. Durante las tres primeras semanas de mayo conservó la cabeza de su antiguo amor imposible en el congelador. Después la tiró a las aguas de un pantano, en una noche solitaria de mayo. La mano izquierda se la comió aquella misma noche. La derecha siguió sirviéndole de juguete erótico un mes, e incluso la llevó metida en un bolsillo de la cazadora a una verbena, sin que nadie, ni siquiera dos ex-compañeros de colegio, ya casados y padres de familia, pudieran sospecharlo. Días después, la tiró al río. Con desdén absoluto se dijo a sí mismo que:

-Los peces se están poniendo morados con los restos de mis amigas.

Casi seis años después, cuando había llegado la hora de rendir cuentas ante el Padre Eterno, se resistía a olvidarse de Aurora. De aquel desprecio, y de su reacción, muchos años después. Aquella noche en la que, confundido con un mafiosillo de poca monta, un par de matones a sueldo, de los bajos fondos de Houston le abatieron de cinco disparos de escopeta, cuando volvía de su última misión: espiar e informar a sus superiores de “la Secta” sobre el desarrollo de la enfermedad de un, para ellos, incómodo prelado. Entre Eros y Tánatos, al final, el contenido de aquellos cuadernos de pastas rojas escritos en chino *pinyin* por aquel asesino en serie vestido de clergyman, que era Paulino Benito dieron la respuesta a muchas desapariciones y crímenes, mal resueltos o sin resolver, sobre todo en Andalucía. Entre éstos, el de Aurora.